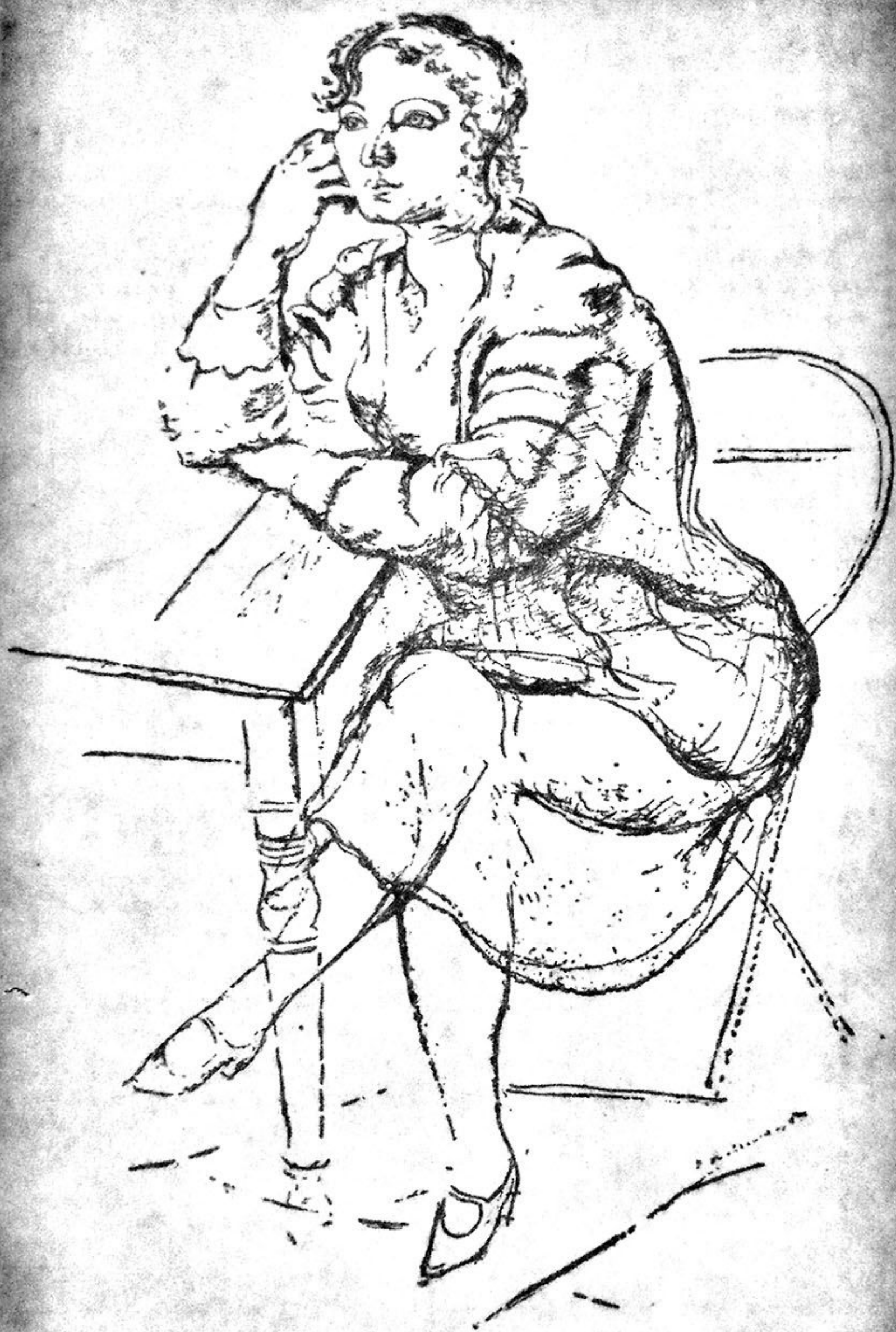




Tarja 16

Dirección;

BUSIGNANI
CALVETTI
FIDALGO
GROPPA
PANTOJA

COLABORAN

Plástica

Gaspar
pág. 404

Gnecco
pág. 390

Mané Bernardo
Separata

Pantoja
págs. 407.418

Pellegrini
pág. 413

Pons
pág. 422

Sivila
pág. 398

Spilimbergo
Portada

Gráfica

Linotipista
Leyría

tipógrafo
Valda

maquinista
E. Villalba

fotgrabador
De la Torre

diagramador
N. G.

hit, el gran espíritu, había hecho una balsa, muy pequeña del tamaño de una mano. La colocó en el agua, donde hasta formar la tierra. Para que no se volcara, cuatro us tienen que sujetarla por las esquinas. Sucedió al pio a menudo que el cielo se caía - estaba mal hecho bajo.

Entonces el Gran Gusano "Nyoco" la reconstruyó y se alrededor del cielo y de la tierra en forma de un gran (vía láctea) para sujetarlo; desde aquel tiempo el cielo se cae más.

Descendió Dohit a la tierra y formó muñecas de barro que crecieron en seres humanos. Hecho esto subió por medio de una calera al cielo, tomando la precaución de cerrarlo bien, quedando allí mucho tiempo contemplando su obra.

Un día deseaba visitar la tierra, y llamando a su compañero el cóndor blanco, que entonces vivía en el cielo, le preguntó: ¿cómo podríamos descender a la tierra, ya que he estado todo tan bien?

Empezaron a rozar un pedazo del piso del cielo, y una pila de troncos y malezas se pusieron a cavar un hoyo en la tierra. Mucho tiempo cavaron, cuando encontraron rocas. Cuando Dohit se sentó, llorando lo pesado que resultaba la tarea, pero finalmente alcanzaron a abrir un agujero por el cual podían ver lo que pasaba sobre la tierra. Entonces Dohit colocó un poco de saliva gruesa sobre el borde del hoyo y se extendió como el hilo de una araña, bajando por el mismo. Cuando había llegado sobre la tierra, el cóndor blanco (1) "Kerí" bajó también, pero cortándose el hilo, Kerí se cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Los hombres estaban pescando en el río, cuando Dohit se convirtió en la cabeza de Kerí en el río, donde se convirtió en pez. Los hombres Dohit, que tenían hambre, pidió a los hombres que les dieran del pescado que tenían, pero a pesar de tener muchos pescados, no le quisieron dar nada y en algunas partes los hombres estaban dispuestos a darle algo de comer, pero los hombres se opusieron. Enojado por la codicia de los hombres Dohit los convirtió en buitres, hormigas y otros animales. Siguiendo más por la tierra, llegó a una casa, donde los hombres pintaban "tipoy" (camisones) de rojo.

¿Qué hacéis?, preguntó Dohit.

"Pintamos tipoy", contestaron los hombres.

Seguía su camino pero al poco rato volvió a preguntar: ¿Qué hacéis?

"Pintamos tipoy", contestaron otra vez los hombres.

Seguía un rato Dohit, pero volviéndose preguntó de nuevo: ¿Qué hacéis?

¿Qué hacéis?

Continúa en la contrapágina

“Dohit, el gran espíritu, había hecho una balsa, muy pequeña, del tamaño de una mano. La colocó en el agua, donde creció hasta formar la tierra. Para que no se volcara, cuatro espíritus tienen que sujetarla por las esquinas. Sucedió al principio a menudo que el cielo se caía - estaba mal hecho y muy bajo.

“Entonces el Gran Gusano “Nyoco” lo reconstruyó y se puso alrededor del cielo y de la tierra en forma de un gran anillo (vía láctea) para sujetarlo; desde aquel tiempo el cielo no se cae más.

“Descendió Dohit a la tierra y formó muñecas de barro que convirtió en seres humanos. Hecho esto subió por medio de una escalera al cielo, tomando la precaución de cerrarlo bien, quedando allí mucho tiempo contemplando su obra.

“Un día deseaba visitar la tierra, y llamando a su compañero el cóndor blanco, que entonces vivía en el cielo, le preguntó: ¿cómo podríamos descender a la tierra, ya que he cerrado todo tan bien?

“Empezaron a rozar un pedazo del piso del cielo, y una vez limpio de troncos y malezas se pusieron a cavar un hoyo redondo. Mucho tiempo cavaron, cuando encontraron rocas. A menudo Dohit se sentó, llorando lo pesado que resultaba la tarea, pero finalmente alcanzaron a abrir un agujero por el cual podían ver lo que pasaba sobre la tierra. Entonces Dohit colocó un poco de saliva gruesa sobre el borde del hoyo y lo extendió como el hilo de una araña, bajando por el mismo. Cuando había llegado sobre la tierra, el cóndor blanco (1) “Kerí” bajó también, pero cortándose el hilo, Kerí se cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

“Los hombres estaban pescando en el río, cuando Dohit echó la cabeza de Kerí en el río, donde se convirtió en pez. Entonces Dohit, que tenían hambre, pidió a los hombres que le dieran del pescado que tenían, pero a pesar de tener muchos pescados, no le quisieron dar nada y en algunas partes donde los hombres estaban dispuestos a darle algo de comer, las mujeres se opusieron. Enojado por la codicia de los hombres, Dohit los convirtió en buitres, hormigas y otros animales.

“Andando más por la tierra, llegó a una casa, donde los hombres pintaban “tipoy” (camisones) de rojo.

—¿Qué hacéis?, preguntó Dohit.

—“Pintamos tipoy”, contestaron los hombres.

“Siguió su camino pero al poco rato volvió a preguntar:

—¿Qué hacéis?

—“Pintamos tipoy”, contestaron otra vez los hombres.

“Caminó un rato Dohit, pero volviéndose preguntó de nuevo:

—¿Qué hacéis?

Continúa en la contrapágina



Tarja

Los ciento cincuenta años cumplidos desde el pronunciamiento de Mayo representan para el país una larga trayectoria de acontecimientos que han ido dibujando la trama de nuestro desarrollo, influido, con cambiante signo, por circunstancias que presionaron el curso de nuestra madurez. Llegados ahora a esta edad cabe una ojeada retrospectiva sobre lo andado, puesto que de nuestra fidelidad con el ser nacional depende la feliz definición de la personalidad que nos concierne. Ese a modo de examen de conciencia, es, a no dudarlo, el mejor homenaje a Mayo, ya que poco significan las celebraciones que no corresponden a una verdadera e íntima confrontación. Por supuesto que no cuadra a estas líneas un análisis semejante, pero creemos útil apuntar aspectos de nuestra evolución que nos afectan en lo esencial.

Mayo representa, además de nuestro nacimiento, una singular fisonomía moral que es un imperativo de nuestra existencia, un modo de ser irrenunciable. Echeverría, definiendo el dogma de Mayo, decía que es necesario realizar la democracia no sólo en lo político sino también en la enseñanza, en la industria, en la propiedad raíz y en la distribución y retribución del trabajo. Quería, además, que la civilización y el poder fincaran en todo el país.

Y bien. No escapa a nadie medianamente informado qué lejos estamos todavía, sobremanera en el interior,

del logro de aquellos fines. En estas provincias, sometidas durante la Colonia, como es sabido, a una preponderante influencia altoperuana de corte reaccionario, la filosofía política y social de Mayo tuvo escasa trascendencia práctica: bajo formas aparentemente democráticas subsistió, por mucho tiempo, una organización feudal de la sociedad, basada en el privilegio y el personalismo, mientras el pueblo, ese mismo pueblo de la gesta gaucha, languidecía en el desamparo y la ignorancia. La innumerable secuela de ese estado de cosas se prolonga todavía en notorios males y vicios que nos afligen, a cuya persistencia conspiran, como ya ha sido dicho, la desigual distribución de la riqueza y del poder en el país.

Roto el yugo colonial, el interior quedó, sin embargo, atado a sometimiento, puesto que su autonomía y desarrollo pasaron a depender no de sus pueblos sino de la voluntad y gracia del poder central. La estabilidad política y el progreso no descansan, ni siquiera ahora, enteramente ni en la voluntad ni en el trabajo del pueblo de estas provincias. En alguna medida somos pacientes de una historia que, en determinados aspectos, permanece ajena a nuestro quehacer. Y si en toda la nación la emancipación social que reclamaba Echeverría es, en la variada amplitud de su contenido, un problema aún no resuelto, que origina tensiones cada vez mayores, en estas provincias queda mucho por andar y lo hecho es, en gran parte, inorgánico y heterogéneo. Las masas rurales, aunque alfabetizadas, siguen privadas no sólo de la más elemental cultura sino también de bienes materiales imprescindibles, sin los cuales no hay educación ni libertad posibles. Poblar y educar siguen siendo objetivos primordiales de gobierno. Pero antes hay que crear fuentes de trabajo y de bienestar, porque primero es vivir con un mínimo de tranquilidad material.

Hay que crear riqueza y hay que crearla de modo que su distribución sea democrática y justa, ya que únicamente así se conciliará el interés individual con el interés social y estarán fundadas las bases reales de una sociedad libre integrada por individuos libres, dueños de una personalidad y de un destino, lo que es el más hondo contenido del espíritu de Mayo.

He reunido en estas páginas una serie de conceptos e ideas que en diferentes momentos había fijado para recordarlos, y con gran alegría he notado que a pesar del tiempo que los separa, una cierta unidad los reúne.

En realidad son el fruto de conversaciones.

Diría que son las dudas, las experiencias, las posibilidades de solución de los continuos problemas plásticos que satisfacen y perturban al pintor, antes y después de pintar.

Mientras pinta, no creo que se pueda pensar más que en pintura misma.

Comenzaré transcribiendo unos párrafos escritos hace algunos años en una carpeta de reproducciones.

¿Por qué será que mezclo los mismos colores y el tono no sale denso y transparente como otras veces?

Las imágenes aparecen y desaparecen y no expresan lo que se desea.

Las figuras tienen cara de diablo...

Sigo trabajando, y por último barro toda la pasta.

Son muchas horas de fatiga allí condensadas.

Aunque creo que no es fatiga inútil la lucha del pintor entre la idea y la manera de expresarla.

Es esta una experiencia de gran valor para otra vez.

Tengo fe en ello.

¡Qué alegría produce cuando la forma se define y se encuentra el tono deseado!

Hay días de rápidos hallazgos. Parecería que la materia respondiera al espíritu instantáneamente.

La forma aparece en seguida y se incorpora al color como una sola cosa.

Cada pintor tiene el dibujo que corresponde a su pintura y me parece que no hay pintores que dibujen bien y pinten mal.

Desearía conseguir, sin recurrir a las tierras, el tono opaco y oxidado de ellas.

Alguien me preguntará: ¿Para qué, si ya existen las tierras?

Es verdad, pero para mí no es lo mismo.

Al existir son una realidad, y lo que yo busco es la equivalencia de esos colores, pues mi propósito no es representar un mundo diferente sino una equivalencia poética del que me rodea.

El tema existe en la pintura. El solo hecho de elegir tal actitud o tal composición en las figuras, o preferir determinada luz de un paisaje, o recordar tal gesto para expresarlo, nos habla de la existencia del tema, pero esto es sólo el punto de partida; la forma de pintarlo con sus soluciones plásticas es lo que dará el verdadero interés.

Si luego de pintar un cuadro, al mirarlo después de un tiempo me sería difícil saber cómo lo hice, quizás contenga algo.

Pero si siento el proceso de su elaboración, lo cubro en seguida.

Se ve que no he logrado destruir suficientemente la materia.

La pintura no se ha transformado en poesía, única manera de destruirla.

Cada vez que comienzo un trabajo, dudo, a pesar de saber lo que quiero me parece que recién empezara a pintar. Creo que siempre se comienza a pintar.

Frente al bastidor nos planteamos cien problemas pero nunca el que resolvemos.

Claro que estas son cosas del taller y tal vez a muchos no les interesen.

Que no explican el nacimiento de los cuadros ni el origen de sus temas. Es esto muy cierto y en ello se piensa mucho antes y después de pintar. Pero francamente mientras pinto, la pintura es la única cosa que me preocupa.

Y así terminan mis breves palabras impresas en la carpeta.

En cierta oportunidad, De Chirico me dijo: "Tu devi dipingere tutti giorno anche se non hay voglia".

Porque todos los días no se tienen deseos de pintar. No sé si por cansancio físico o porque no se sabe qué hacer frente al bastidor en blanco.

Felices los pintores que pueden recurrir al apunte, a la idea bosquejada. De inmediato lo realizan en mayor tamaño, según deseen, al cuadro.

Yo no lo puedo hacer. Me parece que traiciono a la emoción...

Mancho una figura en una actitud, luego le cambio la posición de las manos, la de la cabeza (esto es más difícil de cambiar); las cabezas parecen atornilladas al busto y no se quieren mover.

Si trato de forzar el movimiento tengo que volver luego al primer estado para que las figuras se animen.

El encuentro inesperado de un color me satisface.

Comienzo en este momento a pintar con placer. Parece un milagro el hallazgo de un color, no el que busco sino el que físicamente necesito para quedar tranquilo.

¿Habrá algún secreto para encontrar estos colores? Posiblemente lo haya; deben de saberlo quienes pintan tantos cuadros y siempre los logran.

Lo que yo ansío es color con tiempo. Yo entiendo a mi manera ese color —ni viejo, ni envejecido, sino con tiempo— que aunque fresco tiene años. No sobre el cuadro, sino sobre lo que el cuadro representa.

Parecería que cada uno tiene una especial dimensión del tiempo, trabajando y buscando a su manera.

Y ese trabajo angustioso de buscar algo para encontrar otra cosa, es el milagro de la pintura.

Llegar al fin del día y tener por lo menos diez cabezas reunidas en un pequeño montoncito de pasta al margen de la paleta o en el travesaño del caballete, es desalentador.

Uno se pregunta si no sería mejor cambiar de oficio.

No se salva ni un ojo de la cabeza. Todo se lo lleva la espátula.

Luego vienen los arrepentimientos. ¡Qué lástima!

Hubiese podido dejar esta parte de rostro que no estaba tan mal.

Si yo fuera escritor retomaría los papeles estrujados para salvar en ellos alguna frase, alguna palabra. Pero al pintor que arrastra todo con la espátula no le queda nada.

Hay que tener más calma, no ponerse nervioso. ¿Pero quién espera doce horas?... y volver a empezar.

Es extraño cómo va variando el mundo que deseo pintar; los objetos y los colores que me rodean me obsesionan de tal manera que desearía pintarlos inmediatamente.

Hay momentos en los cuales se me ocurren varios temas, ya sea porque permanece en la memoria latente una imagen que hemos visto al pasar y que nos impresionó hace mucho tiempo, o bien la impresión es reciente, producida por una forma o un color, o se trata de algo puramente inventado.

Desearía en esos momentos pintar muchos cuadros simultáneamente para que no se me escurran de la imaginación.

Entonces no acostumbro a dibujar o bosquejar sumariamente esa imagen para retenerla, sino describirla con palabras, y anoto el tema detallando el color, la forma, la composición, la luz. Por ejemplo: Niña sentada en el suelo leyendo de espaldas; paisaje con cielo violeta desteñido, es paisaje que he visto con casas negras pintadas con alquitrán. A un lado puedo colocar un molino con escaleras de caracol y balcón de hierro. Cuando lo ví parecía un frágil perfil dibujado en el cielo.

El color del pasto seco en el mes de enero es de un amarillo que aún no he logrado. Quisiera ponerlo como fondo de una naturaleza muerta, compuesta con objetos de mimbre.

Mujer, vestida con una bata del color del cerco del alemán de enfrente, lavándose la cara.

Varias mujeres pasean tomadas del brazo, se pueden mirar conversando entre ellas. El fondo verde, color del pasto mojado.

Y así tengo una larga lista de cuadros que aún no he pintado.

Voy anotando cuanto se me ocurre y recordando lo que ví.

Leo estas anotaciones y las imágenes se me renuevan.

Parece que los cuadros ya estuvieran pintados... pero luego viene el problema de pintarlos.

Pdr cierto que esto no quiere decir que sea un sistema; la naturaleza de cada pintor es diferente y cada uno utiliza los medios que más le convienen.

No creo que llegue a utilizar esta forma pues el dibujar me resulta difícil, y me reconozco incapaz de dar sólo con la línea la idea del color y del ambiente que es a mi juicio el dibujo.

Nadie puede imaginarse con qué admiración observo los dibujos capaces de sugerir la pintura.

Claro que frente al bastidor prima la repentina invención que transforma la imagen a través de un proceso inconsciente. Y el tema descripto al tener que traducirse plásticamente, sufre la inmediata transformación que la fractura, las dificultades de oficio —nunca aprendidas a fondo—, la técnica, la lucha constante para destruir la materia, lo obliga.

No creo que nadie pueda asegurar con sinceridad que es plenamente capaz de expresar lo que quiere; el que así lo consigue hace una cosa puramente mental. Falta ese algo que queda en suspenso para que el que mira pueda aportar parte de lo suyo. Es el hilo conductor entre el artista y el público.

Todo artista sabe lo que quiere, ya sea un instintivo total o un instintivo capaz de dirigir sus emociones; tiene un fantasma previo de la obra, pero si es cierto que sabe lo que quiere, no lo puede hacer siempre; si así fuese, ¿Por qué todas las obras de un pintor no tienen la misma fuerza?

Cuántas veces hemos comenzado frente al caballete llenos de vigor, las ideas perfectamente ordenadas; la sangre caliente, y notamos que la pintura no responde. El tono no llega, asoma tímidamente pero luego se esfuma sin conseguir llenarnos el corazón de alegría.

Nos proponemos íntimamente un problema, un deseo de elaboración y las soluciones pueden ser mil, todas igualmente buenas.

De ahí mi sincero modo de ver y respetar eclécticamente la obra de los demás.

Volviendo nuevamente a la materia diría que si se consigue dominarla completamente, ya se tienen de antemano los problemas resueltos, y la obra realizada es fría y carece de libertad.

Si se consigue ajustarla a la emoción, esta es fluctuan-

te como la humanidad que la rodea, pues a la larga la raíz de su obra estará siempre emparentada con la lógica del mundo, visto a través de su temperamento.

Llegamos entonces a la conclusión de que la solución del problema está solamente frente a la tela y en ese momento.

Por lo que respecta a la forma, es posible reencontrarla, pero sólo de una manera esquemática, si la hemos estudiado con dibujos previos.

Asimismo conseguiremos una forma inventada sin el error, sin la sublime equivocación.

Por el contrario, lo que no produce ninguna emoción de orden espiritual, es la máquina que racionalmente es perfecta.

Su misión utilitaria del tiempo, del espacio, del rendimiento, así lo exigen.

Pero no confundamos el asombro con la emoción.

Y por otra parte se trata de un mismo asombro para todos.

En cambio la sutil misión del arte consiste en emocionar y no en asombrar distintamente a los diversos públicos que miran, que escuchan, que leen.

No creo que el proceso educativo del público se produzca sólo a través del tema. El hombre tiene escondido en su corazón un infinito deseo de soñar. Es imperecedera en él el alma de niño, y sea cual fuere el tema pintado, tiene que alimentar ese sueño.

La misión del artista es penetrar en esa niñez escondida y llegar a ella por el contenido de equivocaciones que su obra pueda tener.

Al decir equivocaciones, errores, entiendo el contenido poético e imaginativo en relación con la realidad, ese misterio que emanan las obras que parecen y no son, la forma que parece sugiere y no es, el color que sugiere la realidad y no es.

Es decir la transmutación del mundo real en otro mundo hecho en base a equivalencias.

La historia nos enseña que los más grandes innovadores fueron, a pesar de sus teorías, intuitivos innovadores.

Cézanne quiso toda la vida pintar como un clásico.

Su fatigosa búsqueda de los planos y del volumen era para desentrañar la preparación de la pintura a la manera antigua.

Nunca él daba por terminada completamente una obra.

Precisamente eso que dejaba en suspenso por impotencia confesada, es el constructivismo que nos legó.

Van Gogh, partiendo del estudio de Rembrandt y desechando el color de Monticelli no consigue sino un dibujo aparentemente torpe como el de un chico de doce años; esto lo dice a menudo a su hermano en las cartas.

Pero en esa torpeza —en esa poética duda— está precisamente la potencia que nos emociona.

Esto nos prueba que todas las teorías se estrellan frente al caballete, y cuando el que está es un creador, acciona siempre con el instinto.

De pronto pintaría a esa niña que subió al colectivo, porque tiene el color del cabello que conseguí en un trozo a la derecha del cuadro que estoy pintando.

Ensayo colocarlo en la figura y queda horrible. Y es que la niña que ví no tiene el color del cabello que me gusta, su rostro tiene el color que va con el cabello que ansío.

A veces por distintos motivos pasan temporadas no muy largas en las que no pinto. Pero siempre, a cada momento, se saborea el cuadro.

Ya son cosas vistas desde el tren, caminando, imaginando...

Veo pasar desde mi ventana un hombre vendiendo pavos vivos.

¡Qué lindos colores tienen los pavos!

¿Y si la figura que estoy pintando tuviese un pavo en la mano?

Aunque imaginar es para el pintor mezclar el recuerdo y el invento instantáneo.

Si en lugar de retomar el mismo cuadro hiciese los cambios en distintos bastidores, al finalizarlo parecería una especie de pintura animada.

Por ejemplo: una mujer con los dedos entrelazados que de pronto levanta los brazos para colocarse las peinetas en la cabeza. Toma las peinetas, las hace desaparecer, se cruza de brazos, vuelve a colocarse las peinetas en la cabeza, baja un brazo, hunde su mano en la cabellera y vuelve a tomarse las manos.

Y la gran pena es que en cada estado había un trozo de pintura lograda!

Al decirles a ustedes estas palabras, he querido que fuesen como una confesión. Mientras se pinta, y de lo que se pinta, no creo que se pueda relatar mucho.

Es tan grande la tristeza cuando nada se consigue, o la alegría cuando se hace un pequeño hallazgo, que uno se olvida de cómo lo hizo...!



La galera va rodando...

La galera va rodando, va rodando,
va rodando, pampa y cielo,
va rodando hacia el oeste,
pampa y cielo.

Quema el sol, el aire inmóvil,
pampa y cielo.

Mal camino. Baches. Polvo,
pampa y cielo.

Los caballos sudorosos, acezantes,
pampa y cielo.

Sobre el campo, bajo el cielo, mayoral y postillones
con sus gritos horadando pampa y cielo.

Hombres, niños y mujeres silenciosos,
aplastados por la angustia y la fatiga, pampa y cielo.

Las mujeres van rezando,
pampa y cielo.

Van los hombres con el puño sobre el arma,
pampa y cielo.

Las miradas vuelan lejos, intranquilas,
indagantes, pampa y cielo.

Chuzas, pingos, alaridos y melenas,
pampa y cielo.

El trabuco en una mano, con las riendas en la otra,
pampa y cielo,
corajudo, el veterano mayoral va pensativo...

Y la posta, aún lejana, muy lejana, pampa y cielo.

La galera va rodando, va rodando,
va rodando, pampa y cielo.

Alvaro Yunque

Setenta u ochenta años atrás, Jujuy era todavía una pequeña y silenciosa ciudad (?) de escasas veinte manzanas y blanda quietud, cuya vida deslizábase entre un pacífico rodar de días iguales y austera sociabilidad de recatadas exteriorizaciones.

Alejada —material y espiritualmente— de los grandes centros políticos y económicos de la República, los sucesos nacionales, aún los más notables y trascendentes, llegaban hasta sus puertas con marcado retraso y debilitamiento, presentándose inactuales y ya virtualmente superados por la distancia y el tiempo.

Nos referimos a esa época más o menos precisa de Jujuy, porque tenemos de ella el testimonio verbal de nuestros abuelos y aún de nuestros padres, acerca de las supersticiones y creencias vigentes por aquel entonces, que es lo que nos interesa conocer y cuya noticia sólo nos llegó por vía de la transmisión oral.

Era así Jujuy pues, en su remota lejanía y desconocimiento, un hondo remanso de imperturbable calma y sosegada existencia.

Su corta población de apenas tres o cuatro mil habitantes, desenvolvíase dentro de nítidas clasificaciones sociales, poseyendo una profunda religiosidad sincera, reverente apego a las tradiciones e ingenua incredulidad plena de temores frente al grave interrogante de la muerte, que se traducía en arraigadas supersticiones sobre la vida ultraterrena y todo cuanto de oculto, invisible y misterioso, encierra ese inquietante e indevelado mundo del “más allá” y las sombras eternas.

En los cerros y quebradas jujeñas. la existencia, en proporción casi dominante de núcleos indígenas puros que conservaban fielmente —junto al culto cristiano— una tradición, dioses, ritos y ceremonias paganas propios, introducía a la ciudad, por boca de la numerosa servidumbre aborígen ocupada en ella y los no pocos contactos con esas poblaciones interiores, toda su añosa mitología de Pachamamas y Coquenas y los estremece-dores relatos de diabólicas “salamancas” y retornadores espíritus “antiguos”.

En los llanos y montes de la provincia, la presencia

del gaucho y campesinos mestizos de rústica ignorancia y candorosa simplicidad anímica, mostraba —ya recibida, modificada o sencillamente por ellos creada— una multitud de seres, cosas y hechos prodigiosos, evidenciados en la “mula ánima”, los “faroles”, “la luz mala”, el “silbido” de las almas y su regreso a la tierra para borrar los pasos, la “viuda” que en el recodo de los caminos enancábase a las cabalgaduras de los borrachos noctámbulos, las “barchilas” o almas en pena, el duende “sombbrero y travieso”, el “ucumar” hombre-bestia terrible de los montes, la gigantesca figura del “campeador blanco”, espectral jinete que profiriendo tremendos alaridos perseguía a los espantados campesinos, la luz de los “tapaos”..., todo lo cual también llegaba hasta la pequeña ciudad provinciana, recogido por las familias capitalinas durante sus vacaciones en esas zonas de las cuales eran propietarias y que los patrones visitaban de continuo, para vigilar y dirigir las diversas tareas del agro.

Así rodeada por una campiña plena de espeluznantes personajes y amedrentadoras apariciones, la ciudad aún contaba, ella misma, con sus propios fantasmas y particulares “sucesos” exteriorizados en el “cura sin cabeza”, los “bultos” asomándose entre la fronda de las quintas, el infaltable espectro de aquel que murió asesinado en un desierto callejón oscuro, el invisible espíritu rezador de algunas moradas, el apagado rumor de pasos en la alcoba donde falleciera el dueño de casa, el quejido de las almas junto a la arboleda del cementerio, la blanca y lánguida figura de una mujer paseando bajo la higuera de los fondos, el misterioso sonar de espuelas en los patios lechosos de luna y el rechinar de la roldana del pozo, subiendo y bajando sin que mano alguna la tocara..., en fin, que todo sitio tenía su historia y toda historia su fantasma; tantos, como la fértil imaginación que los generaba.

• El aislamiento, la ignorancia y el atraso en los medios rurales; la estrechez, limitación y monotonía del ambiente urbano; la balbuceante ciencia de la época, el progreso lento de esos años y el mismo acendrado fervor religioso, unido a la natural predisposición de las almas,

cuanto más enclaustradas e introvertidas más aptas para eregir y aceptar irreales reinos fantasiosos, sostenía todo ese extraterrenal mundo de supersticiones, que pobló la mente de nuestros mayores y aún nuestra niñez, azoradamente temblorosa.

Tiempos corrieron... y con ellos, si no aceleradamente por lo menos visible, fué llegando también a estos perdidos horizontes la técnica y el progreso, el adelanto y la cultura. La escuela fué multiplicando sus esclarecedoras fundaciones por toda la provincia; nuevos caminos unieron pueblos distantes; el ferrocarril agrietó el milenario silencio de la Puna y la Quebrada; el servicio militar obligatorio allegó a los centros poblados jóvenes de remotas residencias y la ley electoral los fué incorporando al quehacer político; el telégrafo actualizó la vida toda de la República.

El tiempo siguió corriendo... La instalación de la industria azucarera movilizó grandes contingentes de nativos, taló miles de boscosas hectáreas y levantó pueblos en la selva; el laboreo de las minas turbó la soledad de los cerros y la arqueología hurgó su muerta historia, destapando ruinas y antiguales.

El tiempo siguió corriendo... Los cultivos industriales fueron desplazando la ganadería y alejando al gaucho; crecieron las poblaciones; demoliéronse viejas casonas coloniales; le creció suburbios a la ciudad agrandada; la luz eléctrica disipó sombras; el pavimento y las cloacas dieron un nuevo sentido a la vida en las ciudades.

El tiempo siguió corriendo... Llegó el automóvil, el teléfono, la radio, el cine y los aviones. La cocina a querosén reemplazó a la leña y anuló los tradicionales fogones; tractores y camiones llenaron el campo de rugidos; escaseó la servidumbre; empalidecieronse las clases sociales; se disipó la autoridad paterna; la juventud comenzó a llamarse libre y la mujer emancipada; hubo de formar "colas" para todo; se empezó a no creer en nada; un sensual materialismo y artificiales necesidades del confort moderno afiebró a los hombres en metalizadas búsquedas; faltó la vivienda y se achicaron tanto

los ambientes, que ya no hubo lugar en ellos ni aún para los espectros caseros... Así murieron los espantos ciudadanos y debieron huir lejos los del campo.

Por un momento importamos de Hollywood macabros personajes y terroríficas historias. El cine nos espantó con *Frankenstein* y *Drácula*, pero también pasó.

Ahora la ciencia, el progreso, la cultura, la civilización moderna que acercó a los hombres con medios velocísimos y desparramó espiritualmente la familia, que nos dejó unas cuantas enfermedades para morirnos y una carga de complejos para sufrir largo, que nos amontonó mostrándonos más solos, que nos entregó alguna libertad a cambio de inacabables esclavitudes, que nos llenó de atracciones haciéndonos más aburridos que nunca, que nos embadurnó de conocimientos destrozando nuestra unidad espiritual, que barrió con nuestras supersticiones y mató nuestras creencias salvadoras dándonos un desolador escepticismo y una angustiosa nada, también nos promete sus propios y modernísimos fantasmas, espantosamente atérradores y tremendos: robots, platos voladores, seres interplanetarios, monstruos engendrados por las radiaciones atómicas, guerra bacteriológica, conflagración mundial, el descalabro del planeta, anarquía, inquietud, zozobra, crisis...

No reniego de mi tiempo. Soy de él, a él me debo y conservo intacta la esperanza; pero me encanta a veces —puro el corazón, el alma niña— llegarme hasta esos perdidos rincones de mi tierra, aún vírgenes y milagrosamente intocados, para “ver”, en el relato de sus sencillos pobladores, todo ese resucitado transmundo maravilloso de las supersticiones con que el alma, por la gracia de su candor silvestre y límpida sencillez, tramoneta la materialidad de los días y asómase, temblorosa de deslumbrantes presentimientos, a la infinitud de la vida eterna.

Segunda oda de amor

*“Ah, padres, si Ledesma
vive o si se muere
con vuestra sangre y dioses
y amarillos parientes
habrá que sepultarla
y enterrarnos por siempre
bajo sus callejones
esperando que lleguen
de Calilegua como
esperábamos siempre:
con hombres de la sangre
mujeres de la muerte.*

*En carnaval quedaba
un tendal de indios muertos,
para la zafra todos
nos poníamos huesos
y roncaba el Chañi como
la eternidad, tendiendo
una mano a la caña
y la otra agorero
y por los callejones
los bombos y los perros*

*Yo tenía mis hermanos
y cada uno un duende,
la casa nos dejaba
junto a los urundeles.
Por un tiempo de azúcar
venía otro de muerte;
las almas se gritaban
desesperadamente
la tierra y el espíritu,
soledad y aguardiente.*

*El trágico pin-pín
y los ríos cristianos
me han dejado en la sangre
temblores de matacos.
Por Ledesma se viene
el trópico braceando
y nos arrastra a todos
en bocas del verano.*

*Que se cumpla la vida!
Que se cumpla la muerte!
las puntas de mi sangre
que sin dioses se pierde.
Y los polvaderaes
y los bambúes verdes
y si Ledesma vive
y si Ledesma muere!"*



Mariano Moreno

Sobre la libertad de escribir

"..., que ha hecho dudar a los filósofos, si había nacido solo para ser la presa del error y la mentira, ó si por una invención de sus preciosas facultades se hallaba inevitablemente sujeto á la degradación en que el embrutecimiento entra á ocupar el lugar del raciocinio.

"¡Levante el dedo el pueblo que no tenga que llorar hasta ahora un cúmulo de adoptados errores, y preocupaciones ciegas, que viven con el resto de sus individuos, y que exentas de la decrepitud de aquellos no se satisfacen con acompañar al hombre hasta el sepulcro, sino que retroceden también hasta las generaciones nascentes para causar en ellas igual cúmulo de males!

"¿En vista de esto pues, no sería la obra más acepta a la humanidad, porque la pondría a su- bierto de la opresora esclavitud de sus preocupa- ciones, el dar ensanche y libertad a los escritores públicos para que las atacasen á viva fuerza, y sin compasión alguna? Así debería ser seguramen- te; pero la triste experiencia de los crueles pade- cimientos que han sufrido quantos han intentado combatirlas nos arguye la casi imposibilidad de ejecutarlo. Socrates, Platon, Diagoras, Anaxágoras, Virgilio, Galileo, Descartes, y otra porción de sa- bios que intentaron hacer de algún modo la feli- cidad de sus compatriotas, iniciándolos en las lu- ces y conocimientos útiles, y descubriendo sus errores, fueron víctimas del furor con que se per- sigue la verdad.

"¿Será posible que se haya de desterrar del uni- verso un bien que haría sus mayores delicias si se alentase y se supiese proteger? ¿Por qué no le ha de ser permitido al hombre el combatir las preo- cupaciones populares que tanto influyen, no solo á la tranquilidad, sino también a la felicidad de su existencia miserable? ¿Por qué se le ha de po- ner una mordaza al héroe que intenta combatirlas, y se ha de poner un entredicho formidable al pen- samiento, encadenándole de un modo que se equi- voque con la desdichada suerte que arrastra el esclavo entre sus cadenas opresoras?..."

Página 30 de La Gazeta de Buenos Ayres del jue- ves 21 de Junio de 1810.

Bernardino Rivadavia

Imprenta

“La tiranía, ó la ignorancia son las que siempre se oponen á la ilustración de los hombres. En todos tiempos hay fanáticos que defiendan con terquedad las preocupaciones de sus mayores. El tirano Bonaparte privó a la Francia de sus imprentas, extinguiendo un ramo quizá el principal de aquel reyno; pues consta que dexó unicamente 60 prensas: no faltan tampoco, quienes pretestando zelo religioso, se opongan á este eficaz remedio de los males políticos. El actual gobierno, teniendo consideración a las grandes ventajas, que saca el estado de la prensa, conseqüente a los principios liberales que adopta ha resuelto quitar las trabas que tenia la **imprensa libre**, y esta orden se publicará en la gazeta siguiente. Entonces no sera, como fué, **libertad en palabras y tirania en obras**. Sin libertad las luces se concentran en un corto número de hombres, sin luces la libertad, no es más que un fantasma: amenazada por todas partes por el despotismo, por la anarquia, élla sucumbira muy pronto, después de una lucha débil á los intrigantes, y ambiciosos, ó tendrá á la sociedad en una continua guerra, mas perjudicial que la misma tiranía. Los que quieren que los **paysanos no sepan ni leer, ni escribir**, intentan sin duda hacer un patrimonio de su ignorancia: pero no advierten que luego que se forma del hombre una **bestia bruta**, se exponen á ver cada instante transformarse en **bestia feroz**.

“Hombres públicos, hombres privados, esforzaos pues, para derramar en todas partes los nobles frutos de las ciencias. Creed que disipando un error, y propagando una idea sana, habreis hecho un gran servicio á la humanidad. La ignorancia hizo, y hará siempre tiranos y esclavos. **Toda administración misteriosa**, fue y será ignorante, desgreñada, corrompida y tiranica. Todas las verdades son necesarias, y útiles á los hombres; y todo error les es funesto.”

Páginas 979 y 780 (sic) de La Gazeta de Buenos Ayres del jueves 10 de Octubre de 1811.



Abra Pampa

*Aquí vivió mi madre campesina,
aquí, mi padre labrador y arriero.
Sencillamente, todo lo que quiero
aquí dejó su gota cristalina.*

*Si lo que está grabado en mi retina
vivió conmigo siempre prisionero,
desde el gastado umbral hasta el alero,
desde la flor humilde hasta la espina;*

*si lo que soy, que es poco, casi nada,
tiene la misma fuente de partida
porque me viene de la tierra amada,*

*justo es que vuelva, entonces, y le pida
cuando ya nada espero de la vida,
entre sus manos, muerte sosegada.*

Domingo Zerpa

Es media tarde ya, cuando Silvio deja el rancho de sus padres, Montado en su yegua tordilla, sigue al tranco la senda en declive que lo llevará por un clavillar espeso, al camino de Paño. Con la rienda corta, frena impulsos y contiene, a brazo, cualquier mal paso posible. Así bajan, hombre y bruto, por aquella vereda abierta en gredal resbaladizo que, como cinta caprichosa, cruza las faldas de las montañas de La Almona. Silba una vieja baguala aprendida a sus padres. Su silbo es compañero de andanzas en todos los caminos. Con ánimo alegre, como ahora, o en otras ocasiones en que el alma doblegábase por penas y pesares, silbaba lo mismo, como si la tonada que sale de sus labios fuera fuerza y estímulo, vigor y empuje. Hasta en ocasiones como aquella en que domando un potro en la última marcada en la sala del patrón, estuvo en un instante en grave peligro de morir aplastado, levantándose apenas, magullado y sangrante, con un brazo quebrado. Sin disiparse aún la polvareda levantada en tamaña rodada, Silvio, pálido pero sereno, silba y silba, como si el silbo ahogara dolores, levantara sus quebradas fuerzas y en la tonada estuviera el coraje necesario para sobrellevar su vida gaucha, pobre, pero sin flaquezas ni quebrantos.

Por el amplio gramillal, extendido en ondulaciones hasta los altos de Cuyaya, Alisos y Popayán más lejos, viene galopando Venancio, cosa desacostumbrada en él, que siempre prefiere la marcha. Es así como, a los pocos minutos, se encuentran los dos amigos, emprendiendo juntos, cuesta arriba, el camino a las casas de don Graciano Limachi donde esa noche deberán "sacar almas" en la fiesta de Todos los Santos.

Han llegado a lo más alto del carril. A la derecha, las faldas del cerro La Almona, con su curioso aspecto de vacuno recostado en sueño eterno. Pasan por los corrales de pirca del padrino Cristóbal, donde algunas ovejas y cabras lamen unos panes de sal. Más allá, como encaramándose al cerro, el rancho de los Tozcano. Luego, la cuesta en pendiente bajando al río; curvas cerradas entre riscos enormes, camino en declive abrupto, resbaladizo y traicionero, donde es preciso el marchar lento y los cinco sentidos expectantes. Enormes nogales unen sus oscuros follajes en lo alto, sombreando agradablemente el contorno. Alisos, piquiyines, ceibos, molles, cebiles y tipas, en profusión, cubren lujuriosamente la hondonada. Lejos, y al fondo de la quebrada, Cerro Negro, majestuoso y eterno, cubierto de festones blancos las altas cresterías. Llegan al río que cruzan callados, tal vez enmudecidos por la belleza arrebatadora del lugar. El agua, cristalina y parlara, baila jubilosa entre cantos polícromos y yerba-buenas perfumadas. Más allá, en la fronda distante, se oye el armonioso silbo de un chalchalero. Silvio sonríe al escuchar a este pájaro amigo que tiene el alma alegre como él. Pajarito humilde y criollo, sencillez de porte, pero que llena el oído el embeleso de su canto.

Cruzan la angosta quebrada y siguen arenoso camino; primero, a la derecha; luego, a la izquierda, en plano ascendente, hasta subir la amplia meseta de Paño. Pasan entre la capilla y el humilde cementerio lugareño. Respetuosos del sagrado lugar, se santiguan.

Venancio detiene el caballo y se apea. Cruza por entre los alambres que circundan el campo santo y ante una humilde cruz de palo, sin nombre ni inscripción alguna, reza. Allí reposan los restos de la buena mujer que fué su madre. Nunca pasa por allí sin dedicar al recuerdo del ser más querido las humildes flores de una oración.

Después, como queriendo aventar recuerdos que se agolpan a su mente, monta apresurado y, con un gesto, invita al amigo a emprender un galope corto que los lleva, en minutos, al rancho del tío Graciano, donde se va a celebrar, esa noche, la fiesta de Todos los Santos.

Es tarde ya, cuando las cabalgaduras de los dos amigos, en fila india, bajan el sendero que los lleva a las casas.

Los perros han salido en tropel pero al sentir el silbo amigo de Silvio, callan los ladridos y brincoteando alegres, dan la bienvenida. Doña Matiasa, tía de los muchachos, los recibe en el patio.

—Qué tal mij muchachoj!... Velai, han venío!... Toditoj pensaban que se habían ido a pasar la fiesta a Juan Galán, a lo del compadre Máximo!... Ya yo lej decía a los Balderrama y los Sulca que ustedej no me habían de fallar!... Ma ver, movete María Luisa!... Convidalej una chichita a estos muchachoj pa' que se refresquen!... Y vos, Josecito, llevá los caballoj al potrero, guardando laj monturaj en el cuarto chico!... Y doña Matiasa, mujer del dueño de casa, activa, parlanchina y cariñosa, abraza a los jóvenes con esa efusión tan suya, y así abrazados los lleva a la pieza grande, donde ya están reunidos parientes, amigos y conocidos de los Limachi.

Desde el umbral, doña Matiasa grita:

—Ma miren a este par de alhajas que han llegao!... El Venancio y el Silvio!... Ya estoy sabiendo lo que piensan la Negrita y mi ahijada la Coya!... Pero yo hei de vigilar y naide se hai de escapar, sólo yo queriendo!... Y eso está por ver!!!... Y se dá un atracón de carcajadas, mientras entra en la cocina, llena de humo, donde en amplio fogón, hierven las ollas con los distintos manjares criollos preparados por su habilidad de consumada cocinera.

Sentados en sillas, bancos y cajones vacíos, cubiertos con pelleres, los amigos de la casa, beben la dulce chicha de la tierra. El ambarino néctar de maíz, preparado exprofesamente por las mujeres, ha llegado justo a su madurez esa mañana. Abiertos tinajas y birques, los primeros en servirse fueron don Graciano y doña Matiasa, su mujer.

Chasqueando la lengua satisfecha, comenta don Graciano:

—Esta chichita ha de hacer levantar hasta los finaditos del campo santo, si pudieran tomarla!... Y arroja al suelo un sorbo que aun queda en el jarro.

Los muchachos se han ubicado, juntos, en el fondo del cuarto. De tanto en tanto, como sin querer, miran a las mozas. La Negrita y la Coya, con la larga pollera bien bajada hasta los pies, están sentadas en otro rincón, junto a sus madres. Parece que ni siquiera reparan en la entrada de los amigos, ni en las alusiones de la dueña de casa, ni en las furtivas miradas de Silvio y Venancio. Como alejadas de todo, miran sin ver.

Angélica, la Negrita, está en esa edad deliciosa en que la niña ha comenzado a ser mujer. La menor de una numerosa familia de varones, por ello mismo mimada, tiene ya en su modo ese algo que hace pensar que pronto será una real moza. Encanta a todos la simpatía de su sonrisa. En ello está todo, porque fuera de la esbeltez de su cuerpo, casi desarrollado ya, no es bonita ni tiene otro rasgo que atraiga hacia ella la mirada de los mozos. Algo tímida, pero no en demasía, hasta ahora ha vivido retraída en la casa de sus padres. Es la primera vez que doña Lucía accede en llevarla a una fiesta.

Felipa es la Coya. Su apodo se lo debe a sus cimbias, gruesas y negras, largas y relucientes, que ella sabe lucir con primor. Nata y dueña de unos ojos grandes, negros y vivaces, que la muy pícara esgrime con habilidad, une a la sonrisa traviesa de su boca menuda, los labios gruesos y sensuales que, al abrirlos, dejan ver la doble línea perfecta de sus dientes pequeños y blancos. Más bien baja, sabe llevar la maravilla de su juventud, en su cuerpo cimbreante donde se destaca la comba perfecta de sus senos en flor.

Afuera, en la galería, está la mesa de las ofrendas. Cubierta por albo mantel, alumbran unas velas la imagen de un Cristo. En platos, fuentes, canastas y recipientes de todo tamaño, hay tortas, bollos, empanadillas, masas y dulces en formas diversas, pintadas con airampo algunas, otras obscuras, como enlutadas; dulces, saladas y picantes. Profusión de vasos. Jarras conteniendo chicha; otras con aloja, vino y cerveza.

Rezar por los muertos. Ofrendar por las almas y salvarlas. Tal es la mística sencilla de esa noche.

Doña Matiasa sale de la cocina con la María Luisa, una chinita ahijada suya. Traen en fuentes hondas, para servir a todos, un sabroso picante de panza, patas y mote, que acaba de cocinar. La fragancia del sabroso manjar se extiende por toda la casa.

—Arrimensé, puej, toditoj, vamoj a comer esta patajquita caliente!... A ver, voj, Panchita, alcanzá los platoj, pa que todoj se sirvan a su gusto!...

El potaje está delicioso. Cuantos han venido así lo anuncian.

—Comadre!... No hay como usted para preparar este picante tan rico!... Alaba don Salvador, mientras socarronamente arrima el plato, buscando repetición.

..—La pucha!... Este guiso necesita ahogarse... Dónde está el riojano que había descorchao riciencito? Capaz que el Nicolás se lo haiga vaciao!...

—Ajáaa!... Como si el vino no juera pa tomarse!... Di nó!... Por qué no se chupa el agua de la acequia, ma ver!...

—Barajo, con el compadre!... Andará queriendo que me pame por dentro y me muera como el finao don Nico, que no tomaba más que agua...ardiente Catamarca!...

Generalizadas las risas y la jarana, de pronto, intempestivamente, toda cubierta por una manta negra, cruza el patio, santiguándose, una mujer. Camina a la galería y de rodillas, los brazos en cruz, reza. Luego, ceremoniosamente, llena un yuro de chicha y bebe. Vuelve a santiguarse, levanta unas tortas, las esconde en el rebozo y, como había venido, se vá.

—Es doña Mauricia!... Desde que enviudó —y de esto hace como seis años—, guarda luto y no quiere fiestas, ni bailes, ñi nada más que rezarle al Julián.

—Así es!... Trabajadora, toditos los días está más ocupada que un hombre. El sábado fué a casa y ha tuzao los caballos; después ha esquilao toditas las ovejas y, de yapa, como si nada, se ha castrao un toro sin querer que nadie la ayude!... Gaucha y media es doña Mauricia y tan sufrida! ¡Toditos sus hijos los tiene en la ciudad y le han salido buenazos como ella!

—Señores!... —Dijo en esto don Graciano, cortando la charla—. Vamos a rezar! Cada uno de nosotros debe hacerlo por el finadito que más quiera. Les pido no se olviden de mi hijito, el Matías... Vamos, doña Matiasa!...

Don Graciano respeta a su mujer, mucho mayor que él. La toma del brazo, encabezando así el concurso que avanza y se acomoda en la galería, rodeando la mesa de las ofrendas. A la oscilante luz de las velas, se ve a todos de rodillas, engrandecidos en la semi-obscuridad, hacer coro a los dueños de casa que, con voz emocionada, comienzan:

—Padre nuestro que estás en los cielos!...

La noche avanza. Una fresca brisa desciende de Paño, se cuele en el patio, sopla suavemente las velas encendidas, apagando algunas. Un coro de voces surge de los pechos creyentes, llena la galería y se eleva en la noche como si buscara en el infinito abierto,

las almas que pueblan el espacio misterioso y oscuro, salpicado de luces.

Con el último rezo, y mientras todos se santiguan, la Polica —una joven alegre y amiga de jolgorios, que no puede estar seria ni formal—, dice a todos:

—Comamos y tomemos una chichita, que ya no estoy pudiendo de ganitas de cantar y bailar! A ver, vamos yendo al cuarto grande, donde han quedao el bombo y las cajas. Hemos de entonar unas coplas... Ma ver quienes me han de responder!...

Y diciendo y haciendo, chacotonamente, empuja cariñosamente a todos que, en tropel y alegres, se dejan conducir.

Silvio y Venancio, con otros amigos, aprovechan la circunstancia para acercarse a las mozas, hasta ahora circunspectas. La Coya y la Negrita, ocupan el centro de la pieza entre un grupo de jóvenes dispuestos a coplear. Resuelta y hasta contenta, la Negrita, toma la caja y, con el donaire propio de la juventud, entona la primera copla, mientras la picardía de sus ojos negros enciende calor en el rostro de Venancio.

—¡Eche coplas, compañero,
que a coplas no m'hay ganar;
tengo las alforjas llenas
y un costal por desatar!...

Tomando otra caja, Venancio replicó:

—Aunque te escondás, Negrita,
cantando t'ei de encontrar;
y en tus brazos, mi vidita,
me quisiera acomodar!...

La intención es manifiesta, por lo que todos celebran la copla, esperando, jubilosos, la respuesta.

Negrita tamborileó un buen rato y mirándole en los ojos, replicó:

—Cuando te miro en los ojos,
quisiera verme en tus brazos;
pa mostrarte el corazón,
hechito cuatro pedazos!...

Le tocó el turno al joven Andrés. Tomó la caja, tamborileó guapamente y enfrentándola a Coyita, cantó:

—Esta florcita que traigo,
tomá, te la regalaré;
una vez que me quieras
ya jamás te olvidaré!...

La moza, encendida de rubor, replicó:

—En el cielo hay una estrella,
que me llama la atención;
y en el mundo hay un morocho,
que me roba el corazón!...

—Ma mirenlos a los mozos cómo están de afilaos! —Comentó doña Lizarda y, en voz alta se dirigió a Esteban Lamas, que no perdía mirada a una fiata gordita que tenía al frente:

—Ma ver, pues, si le cantás una coplita a la Julia!...

—Primero unas copas!... Sirvansél!... Y aquí está la jarra para repetir. No me gusta que sólo los viejos nos chupemos esta noche, cuanti más que todo es por nuestras benditas almas!... Dice el dueño de casa y se empeña para que todos beban sin dejar ni una gota en el vaso.

Apurada la bebida, Esteban, complacido, entona esta copla intencionada:

—Esta es la mujer que busco,
con el más ferviente empeño;
quita a mis labios la sed,
quita a mis ojos el sueño!...

Y luego:

—Me gustan los ojos negros,
regálamelos a mí;
a ver si por medio d'ellos,
me quieres como yo a tí!...

La Nata tomó la caja y contestó

—Me gusta este jovencito,
porque al hablar no se tranca;
por eso mi almita es franca,
y lo adora como al bendito!...

Y luego:

—No me animo, no me atrevo,
a decirte que te quiero;
porque ya has de conocer,
que mi amor es verdadero!...

—Que vivan los novios!... Gritó alguien y las jarras con chicha y vino llenaron vasos con diligencia.

—Y cómo es eso que la Polica, todavía no nos ha cantao nada? preguntó Cosme y allí no más le pasó la caja y los palillos.

La moza miró a la concurrencia y con esa su característica picardía, les cantó:

—Desde Jujuy hi venío,
por allá por los rincones;
comiendo leche cuajada,
chiquerando los ratones!...

Y después:

—Desde que ahora se usa,
echar las suegras al mar;
la pícara de mi suegra,
está aprendiendo a nadar!...

Entre las risas y los aplausos de todos, siguieron floreciendo las coplas, alegres o intencionadas unas, picantes y traviesas otras, expresión de amoroso desahogo las más, pero que son, en estas reuniones, la expresión de la gracia natural de estas gentes sencillas que sufren, aman y sienten como todas las demás.

La chicha y el vino, llenan su báquica misión. Algunos duermen ya la inevitable borrachera, tirados en el suelo donde han caído, sin poderse levantar.

Ramona, la mujer del agente, llora recostada sobre el hombro de su marido que, perdido e inconsciente en su universo alcohólico, entre hipoes desgarrantes, plañía:

—El comisario tiene que proceder! Cara...cho!... Soy el agente!... Yo!!... No puedo buscarla a la grán m...da de la Josefa, porque es m'hija y se ha yugao con el Canchi!... La Josefa que es la niñita de mis ojos, mi palomita!... Ay!... Si soy un desgraciau!!!... En mi casa todo tenía y m'e ha faltao!!!... Hija desgraciada, no saber respetar a sus padres!... Por qué así!... Fué a la escuela, sabe leyer y escribir, quería ser maestra en la ciudad y, vea usté!... En la primera de cambio, sin decir nadita, se nos sale juyendo con el desgraciau del Martín!!... Por eso a los otros los hei sacao de la escuela!... Que sean burros, pero han de ser honraos!!!...

.....

Amanece. El cielo adquiere en la lejanía del Zapla el rojo matiz de un incendio. El cerro ferroso es una brasa que los dioses encendieron en la noche. Huyen las sombras y la luz del día va ganando los campos y los montes. Se oye el canto de un gallo despertando a otros, cuando Silvio y Venancio abandonan las casas al paso lento de sus caballos, rumbeando, por los gramillares humedecidos de rocío.



José, con su liviana mano de niño, empujó la puerta y entró.

Todos los días al terminar de almorzar iba a su casa y regresaba a esa hora de la siesta, cuando ya los patrones dormían. Su tarea consistía en cuidar que las gallinas no entraran a escarbar el jardín, luego encender el fuego y calentar el agua del mate para el momento en que los patrones se levantarán.

Avanzó hasta el corredor; al lado estaba la cocina. Y se sentó. Sobre la mesa petisa le habían dejado unos números viejos de "Patoruzú" que a él le gustaba leer. En el patio a unos pocos metros, caía el sol verticalmente y el tufo caluroso que traía el viento lo sentía quemante sobre la piel. "Tenía que ser"; la gallina colorada escarbadora estaba en el brocal de los claveles bañándose con la tierra que sus patas expandía por el aire en una nube grisácea. Salió a espantarla y la gallina con unos entrecortados cacareos, se alejó y voló desapareciendo por el otro lado del muro.

Todavía estimó temprano para encender el fuego. Volvió a sentarse. Cómo le gustaba esa cara de indio, con su vincha. "Así debía ser el abuelo Saturnino", del que siempre estaban hablando sus padres. Las revistas abiertas se extendían por sobre la mesa, primero una, después otra y la otra. Finalmente el abuelo "Patoruzú" en diversas poses. "Qué viejo bandido". "Yo voy a ser como éste... Tomo mi flecha, meto en la cuerda, apunto bien y despacito..." Había extendido un brazo hacia adelante, otro tenso tirando hacia atrás y la cara bien arrimada al arco, veía al enemigo amenazador entre las hojas de un arbusto del patio. "Zas". Bajó la flecha. Ahora su mano izquierda tomaba una hoja de la revista, la daba vuelta y seguía con las demás. "Pero si era como el

molino''. Vueltas y vueltas, cada vez más ligero apurado por el viento, hasta que la revista no se detuvo sino en el suelo. Se quedó mirando. "Qué calor''. El aire caliente frente a su vista y en el patio en luces cambiantes, hervía en las reverberaciones del sol. Recostó la cabeza sobre la mesa. Sólo un ojo le permitía ver ese aire que apenas alcanzaba a mover, de tanto en tanto, las hojas achicharradas del naranjo.

Pero qué ocurrencia. Qué iban a decir cuando se levantarán y no lo vieran en su sitio. Debía apurarse. Hizo un ademán, respiró hondo y tiró el cuerpo hacia adelante en un intento de echar a correr. Pero el peso del pie, como si se le hubiera cargado de plomo, se clavó en el suelo. Hizo otro esfuerzo grande y levantó el otro pie. La pierna estirada se arqueó, y dura como si esta vez se le hubiera acalambrado, se le quedó en el aire. Cuando consiguió bajar la pierna, apenas si pudo seguir caminando lentamente. Parecía a propósito, ahora que necesitaba apurarse para que no le ganara el tiempo, estaba andando como un viejo. Juntó de nuevo todas sus fuerzas, porque debía llegar a su casa pronto, y volver antes de que despertaran los patrones. También qué se le había ocurrido venir. Toda su voluntad y su esfuerzo no alcanzaban a vencer esa pesadez de sus piernas. Comenzó a cansarse.

Levantó la mirada del suelo. Se sorprendió al encontrarse frente a la quinta. Los naranjos se alineaban allí sobre la tierra blanca, recién rastrillada y se perdía por el alambrado del fondo hacia los paraísales. Se imaginó el azoramiento del padre y de la madre, sobre todo, cuando lo vieran llegar. El Negrito que se pondría a saltar a su alrededor gritando "qué me traés" y metiéndole la mano en el bolsillo. Y los otros hermanitos, que estarían mirándolo.

No daba más de cansado. Se ahogaba. "Mamá'', gritó desde el patio. La casa, con sus dos piezas y la cocina, estaba silenciosa bajo el calor y el sol que ahogaban por igual con su pesadez. Nadie contestó y nadie salió a ver como solían hacer siempre que él llegaba. Una quietud enorme se acostaba en esa siesta que rodeaba la casa del quintero, y que era donde ellos vivían. Se volvió de frente a la quinta. Pero la quietud estaba también allí. El vaho del calor parecía aprisionar a cada planta. Unos pirinchos estiraban las alas en unas ramas secas y tomaban su baño de sol. "Mamá'', volvió a gritar y quedó esperando. Sólo se desprendió de la siesta que lo ahogaba, el canto de uno de los pirinchos. Cayó lento y pesado acariciándole los párpados.

Dónde se habrían metido. Y él, que debía regresar. Pensó eso y el sofocón le subió por la garganta en un golpe de calor. Estarían durmiendo. Intentó entrar en la casa. Pero,

otra vez, esa pierna que se le quedaba acalambrada en el aire. Con gran esfuerzo logró apoyar el pie en el suelo. El esfuerzo le aumentó el calor, que le quedó golpeándole las sienes. Intentó llamar de nuevo. "Ma..." y la lengua hinchada se le atravesó en la boca.

Cómo. ¿Estaban ahí, metidos en la cocina y no decían nada? No comprendía por qué tenían que estar así, amontonados, espiándolo, cabeza contra cabeza. "¡Vaya la gracia!" Se le había torcido la pierna con el calambre, y él que no se daba cuenta. Otro sofocón le subió por todo el cuerpo y de vergüenza bajó la cabeza. Tuvo vergüenza de su vergüenza y la levantó para mirarlos... Pero ya no estaban. Habían desaparecido misteriosamente. Por el corazón de la siesta transitaba únicamente el canto de una paloma. Miró y miró. Algo que semejaba un cuchicheo hacia la espalda y arriba del parral, le hizo volver la cabeza. Eran ellos. Qué curioso; estaban ahora ahí, y él no los había visto subir. Otra vez se le reían en la cara. El padre tan luego. ¿No era que la patada del caballo al romperle el hueso, le había dejado con la pierna dura? Y se reía sacando la cara entre las hojas, él que siempre andaba prendido tras el drado, con esa cara seria, sin hablar. Y también la madre que no terminaba con eso de, que "la casa", que "la cocina", que "lavar"; y ahora ahí arriba sosteniendo al Negrito cabeza abajo para que hiciera pruebas. "Si será". Y después que viniera nomás a decir: "cuidá a tu hermanito, mirá que no vaya a subir en los árboles" ... Y bueno... es tanta esa alegría, que él también se contagia. Ya está riéndose con la misma alegría de los otros. Se le ocurre que allí, entre las hojas de la parra, debe estar lindo el fresco. "A subir, a subir"... grita él con esa lengua que de pronto se le ha desatado. Da un salto para trepar por el horcón que sostiene la parra. La pierna dura se le queda igualito que un palo en el aire; pierde equilibrio y comienza a irse de nariz al suelo... "Si no paro, adiós mi cabeza"... Está hundiéndose en el vacío, en un precipicio sin fondo. Se le apodera el miedo. En un desesperado esfuerzo tira la cabeza atrás. No la domina y se le vuelve a caer golpeándola contra la mesa...

José abre los ojos y mira un tanto asombrado. ¿Dónde está? Ve el rostro del abuelo "Patoruzú" que se le está riendo. "Viejo pícaro"... Pero maldita; la colorada metida como si tal cosa, en el mismo brocal y echando sus nubes de tierra al aire. Busca un cascote y le tira con furia. Sale la gallina a los cacareos batiendo alas y como pidiendo auxilio. Contestan gritando todas las gallinas en el gallinero, al otro lado del muro. Y en alerta de alarma, grita el gallo con estridentes y largos cacareos. "Malditos bichos, van a despertar a los patrones" piensa José. Y él, que todavía no ha prendido el fuego. Se acerca a la pared y con un silbante chistido pre-

tende hacer callar a los animales. Mas estos en confusa alarma, se han puesto como enloquecidos a gritar, a cacarear en todos los tonos formando un coro que se extiende por el patio, por la casa. No sabe qué hacer. "Con qué ganas les retorcería el pescuezo".

No atina sino a regresar, a buscar refugio bajo el corredor. El calor de la siesta lo siente metido en la sangre. Mira. Ahí está ya la señora asomando a la puerta de la pieza. Tiene una cara de pocos amigos.

—Qué le sucede a las gallinas, ¿se puede saber? Seguramente has andado en alguna diablura.

Y no conforme con interrogar, se acerca a la cocina y mira.

—Cómo, ¿no hay fuego tampoco? pero, ¿qué estabas haciendo?

José entre azorado y asustado no atina disculpa que ofrecer. En la cabeza se le agolpa una confusión de imágenes. Hasta que dice:

—Me tomó calambre, señora.

Como si acabara de escuchar una irreverencia, la señora se vuelve. "Este muchacho de porquería, se habrá vuelto nomás un irrespetuoso".

José olvidando que ya ha corrido a la gallina, levanta ostensiblemente la pierna en dirección a la patrona. Tiene la esperanza de que nuevamente se le quede dura en el aire, sin poderla bajar. Sería una demostración de lo que acaba de decir. Mas la pierna, ágilmente, se le flexiona y antes de que pudiera dominarla, se le apoya con un rotundo golpe de pie.

La señora no sale de su asombro. "Qué extraño, qué extraño... De la cabeza seguramente"... Le asaltan dudas. "No queda otro remedio que avisar al padre".

David Pratt

él estiró la mano

su mano derecha
cansada

la dócil
y eficiente mano derecha

a la altura del mundo

a la altura de las dulces costillas
cerca del corazón

inclinó la cabeza
un poco

la cargó de sentido

le dió alas

él apretó su mano contra la forma fría
contra la aguda
difícil
orilla del acero

era un día
una noche

él puso su mano blanca
roja
su mala palabra
en el camino

esto
ocurría en Sudáfrica
con playas y colinas
con sol
pocas horas después
de que muchos negros inocentes
airados
movedizos
muriendo sin querer
hubieran dado ocasión
para todo ello



Publicaciones

SIN DESTINO APARENTE - Novela - por Luis Gudiño Krámer.
EDIT. PLATINA, Buenos Aires.

Porque San Javier es un pequeño pueblo de la provincia de Santa Fe, San Javier simboliza, más o menos, a la mayoría de nuestros pueblos del interior. La vida de sus gentes —casi la misma historia para todos— es como la que obscura y pobremente perdura en los kilómetros de nuestra larga campaña.

Qué pueblo no tiene —o no tuvo— su casa "non sancta", o la concurrida casa parroquial, o el pintoresco peluquero; y quién no ha conocido a otra "Doña Prima", que curaba por "secreto", o a un "milico" como Cáceres, o al escribano y mayordomo de estancia (con el Ford parado a la puerta del Club Social), y a los patroncitos que heredaron la tradición gaucha de los peones para el 25 de Mayo, o a ese verdadero peón, como Robledo, que es a la vez imagen de los muchos que ni en los puestos de las estancias, ni en las chacras, ni en las fincas, ni en las "Compañías" pudieron todavía "arreglar su vida".

Claro que en San Javier están los indios, cosa que no ocurre en los pueblos de más al sur.

Nadie que pretenda tener un aproximado conocimiento del cam-

po, puede ignorar la cotidiana verdad de los simples dramas del interior. Con esa poesía que tienen las cosas rescatadas al tiempo, o con esa otra adivinada en las que el tiempo se está por llevar, Gudiño Krámer nos muestra a este trozo de provincia, que es, puede decirse, la escala con la cual medimos tiempo, tierra y sentimientos de toda nuestra República. Y más veraz resulta su obra cuando incursiona por los últimos años del campo argentino, donde una frenética charlatanería, apoyada por los intereses primarios de matones y jerarcas, adulteró un viejo y natural deseo de dignidad (si no, veamos en lo que momentáneamente vinimos a parar).

Y ya en este punto —dejando de lado los justos ideales que algunos pudieran haber tenido y sin analizar si fué equivocado el camino para verlos concretados— haremos una ligera referencia a uno de los tantos sopores que todavía les oculta la verdad al querer apreciar nuestro panorama.

Pensamos que el campo es algo más que la bota de potro o el gaucho alzado, cuya segura derivación es la paternal tutoría del patrón campechano —una variante del caudillo—, o el odio al terruño vecino por excesivo amor al propio.

Un buen días por nuestras costas aparecieron los "gringos", pero por un "gringo" que pudo volverse mandón, hubo miles que hin-

charon el lomo en los surcos y fueron y son tan necesarios como el más necesario de los nativos (1). De todos estos "gringos" salieron dos y tres generaciones de criollos con tanto amor sano y razonado por esta tierra, su tierra, como la más vieja y casi inencontrable generación nativa. Tal vez los dos amen de distinta manera a su tierra: algunos de aquéllos con un sentido de progreso, y algunos de éstos con un morboso conformismo en "dejar las cosas como estaban" (2), conformismo que lleva a la lamentación por un perdido cacicazgo cerril, y que para obtenerlo de nuevo no vacilan en aparearse al primer gringo mandón que se los pueda ofrecer. De estos ejemplos hay muchos; por algo se hizo refrán la exacta observación de que "no hay peor cuña que la del mismo palo".

Llama la atención que las "grandes" familias sigan aventando un endeble y simplista patriotismo bajo el que permanecerían inmutables los intereses del patrón, el peoncio o el indio de la finca. Es un patriotismo de anécdota y del bolsillo para afuera; es un oblicuo amor al progreso con relación al bolsillo; es un patriotismo basado en el viejo-actual sentido de feudo, donde la sombra de algún "gringo" platudo puede amenazar la propiedad, aunque luego la plata, y la "misma condición", los arrime a una sola mesa del Club Social.

Hay un lacrimoso sentido de patria cuya mayor sensiblería aparece precisamente en aquellos desmemoriados de que el hondo y puro inicio de nuestro ser, también arranca del cotidiano trabajo de todo un pueblo, y que las florcitas de los desfiles apenas si son palideces del hacer total y complejo, del maravilloso espectáculo de los brazos de un pueblo —como árbol— en la tierra. Yo quisiera saber cómo cuidaron estos señores —a la postre defensores de un larvado o abierto racismo— a las lenguas nativas, a sus esmeradas artesanías, a su cardinal floración de siglos y desiertos, todo eso que estaba antes que "las sagradas familias" alambraran sus campos.

Por eso sentimos en Gudiño Krá-

mer, al novelista que toma al campo argentino tal cual está hoy, en mil novecientos y pico, con sus indios y criollos —con sus hombres— y su inocultable realidad política (a los que le achacan esto último podríamos decirles que también se lo hubieran achacado a Sarmiento cuando aparecieron las primeras ediciones de los que ya son textos escolares obligatorios. Y para qué repetir que política es toda realidad, aún la de los poemas dominicales...).

Creemos que en esta novela, beneficiada por una elevada constante poética, hay tres estampas que para nosotros se destacan por su dulce emotividad: "El ámbito", "Los indios" y "Navidad Mocobí".

De la última extraemos estos párrafos finales:

"...Cuando pasada la media noche se van los curiosos, quedan los indios silenciosos, asando los sábalos. El áspero olor ahuyenta a los mosquitos. Las indias toman mate, cuchichean, dan de mamar a los chicos, a sus cucuquics. Como una claridad disuelta en el humo rodea el rancho. Qué humilde es y cómo están desamparadas sus criaturas... Han robado las frutas, han pedido prestados unos juguetes de lata y de trapo, han ensartado los huevos multicolores en un piolín formando un largo collar y han reconstruido, a su imagen y semejanza, un pesebre para que el Niño Dios sobreviva a la intemperie, al furor de las sabandijas.

"La pequeña vaquita de barro, el caballo, los Reyes Magos, el gajo de sauce llorón, el chamamé de Escocio, son trémulas expresiones de una vida simple, natural, virgen de pecados deliberados.

"Todos ellos parecen, también, criaturas de arcilla, de barro sustancial, hechos como jugando, sin querer, por un Dios indiferente, para adornar un tiempo vacío de la historia".

Y desde aquel "tiempo vacío de la historia", las únicas fechas vigentes, son las que en la memoria de esta tierra dejó el trabajo hermanado de los hombres de su pueblo.

NESTOR GROPPA

(1) "...El gobernador de la provincia, tomó con empeño la

fundación de la primera colonia, que llamaron "Esperanza" y los colonos se internaron en el desierto en coro los cantos de la tierra lejana, que interrumpieron el sueño de los santafecinos, en una cálida noche de Enero de 1856.

"Vivieron a la intemperie; durmieron en el suelo; sufrieron las acechanza y el ataque del indio; pero incansables y tenaces, con el arma a la espalda, siguieron trazando en la pampa el pentagrama de los surcos.

"Se iban cumpliendo los sueños de Rivadavia, de Sarmiento..."

(2) "...A veces llegaba un fraile de Santo Domingo o de San Francisco con los hábitos olorosos a rapé y a cera. La abuela obsequiosa, entraba a un aposento sombrío, donde el agua de un filtro de piedra caía obsesionante y monótona en un tinajón de barro; abría la portezuela de una alacena cavada en el muro de adobe, saturada de frutas maduras, de dulces y duraznos en caña, y regresaba luego a la tertulia a complimentar al eclesiástico.

"En estas reuniones, se recordaba de tarde en tarde, los vanos

proyectos de Castellanos. El dueño de casa, si era algo versado en las cosas del gobierno, opinaba, doctoral, que no podía pensarse en colonizaciones hasta que la provincia no tuviera caminos y puentes; y la abuela bajo la mirada paternal del reverendo, afirmaba que era obra del demonio traer gringos a estas tierras, que sólo vendrían a perder el alma de sus hijos.

"Las campanas desnudas y frías, en lo alto de las torres se estremecían en un clamor ascético, mientras el lucero vespertino acompañaba la agonía de la tarde, martirizada y sangrante, encendiendo la llama de su cirio litúrgico."

Sin pretender desvirtuar —al haber citado fragmentariamente— el pensamiento de un autor que para este caso y en este momento no nos interesa analizar, estos fragmentos corresponden a las páginas 131/32 y 129/30, respectivamente, de "Las puertas de la Tierra", por A. Zapata Gollán. Publicación de extensión universitaria Nº 36 del Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1938

"Estética y Estilística del Ritmo Poético". Por Luis Alonso Schökel, S. J. Ediciones Flors - Barcelona, 1959.

Hasta ahora y en castellano, este es el libro que ha tratado de manera más completa el tema de que da cuenta su título.

Las opiniones sobre la gravitación que el ritmo pueda tener en materia poética, oscilan entre los más alejados extremos. Desde aquellas que lo consideran factor ajeno o en absoluto innecesario (Hidalgo), hasta las que lo estiman consustancial con la poesía misma (Croce - Lugones - Bücher). En actitud ecléctica, hay finalmente quienes piensan que sigue jugando un papel importante; pero no ya con los mismos caracteres originarios, sino en conjunción con otros factores a los que puede resultar supeditado; y sobre todo, con modificaciones que responden "mutatis - mutandi", a cambios operados en el terreno musical. (Jaimes Freire, Maiakovski y ahora, Schökel).

El A. desarrolla su obra en dos partes principales, a las que agrega una tercera sobre problemas del ritmo poético latino. En la primera (Estética), trata las bases psicológicas del ritmo y analiza la función activa de la percepción: cuando la realidad nos da una serie plural sucesiva (expresa), la aprehendemos en ordenación rítmica; cuando la realidad nos da una sucesión continua, la dividimos y recomponemos. En otras palabras: la percepción da forma a su objeto. Es franca la similitud de estas opiniones con las del filósofo uruguayo Vaz Ferreira ("Sobre la Percepción Métrica") con quien llega incluso a coincidir en un ejemplo: posibilidad de interpretar de dos maneras distintas, la misma serie rítmica (sonido de un reloj).

Al abordar la naturaleza del ritmo, señala Schökel como elemento peculiar, la reaparición periódica del dominante. Aunque ese elemento que reaparece no sea el mismo, basta que resulte equivalente en sus efectos;

tampoco es necesaria la periodicidad exacta, bastando con la aproximación. El concepto puede ser relacionado con el de Dorfless ("Constantes Técnicas de las Artes"), para quien el ritmo es delimitación periódica y repetición de momentos discontinuos dentro de una medida que puede ser idéntica o sólo aproximadamente tal. Y con el que da De Souza (citado por Hidalgo en su "Tratado de Poética"): el ritmo es ordenación variable cuyos compases más o menos equivalentes o aproximados, no tienen entre ellos sino poca o ninguna igualdad temporal numérica intensiva.

Prosigue luego Schökel con uno de los temas más interesantes de su obra: relación de los factores rítmicos musicales, con los del lenguaje poético; y analiza por separado, tono, timbre, duración, intensidad y pausas. Destaca a la intensidad como factor que, en nuestro idioma, predomina y arrastra a los demás; la distribución y número de acentos, suple o hace innecesaria la igualdad silábica. Aquí es preciso señalar otro antecedente: las "Leyes de Versificación Castellana", de Jaimes Freyre, quien se preciaba de haber descubierto la ley del ritmo castellano y no la de tales o cuales ritmos.

La segunda parte del libro (Estilística), analiza las dos fuerzas contrarias: unidad y variedad, que buscan la síntesis dentro de la obra concreta. Por una parte, debe haber regularidad para que el ritmo exista; por la otra, debe haber variedad para que el ritmo subsista. Con referencia ya a ritmo y sentido, afirma Schökel que el ritmo es un factor en la estructura total del poema; factor combinado cuya importancia varía, según la naturaleza de las obras. El hecho corriente, es que se nos dé la poesía íntegra, con todos sus elementos estéticos: ideas, imágenes, sentimientos, sonoridad, ritmo.

Disentimos con algunos juicios, determinados a nuestro parecer por la formación y estado del A. Así por ejemplo, el principio de autoridad lo lleva a decir que, cuando todos los elementos de una serie son iguales, damos graduación a elementos periódicos para evitar que avancen como soldados sin cabos ni sargentos; se impone la jerarquía aristocrática en la igualdad indiferenciada. O bien, que la razón última psicológica del ritmo, es la tendencia de nuestro espíritu hacia la unidad; y que el ritmo es un reflejo de la belleza inmaterial en la belleza material. Esto, en desacuerdo con el carácter científico, racional, que priva en la mayor parte del libro. Opinamos además, que no pudo prescindirse de la mención de autores como Vaz Ferreira y Jaimes Freyre ni del análisis de sus opiniones, publicadas en castellano a partir de 1905 y 1906, respectivamente.

Andrés Fidalgo

Libros Recibidos

Aparición de Reynaldo por Ernesto B. Rodríguez. Colección "El hilo de viento", Ediciones Mundonuevo, Buenos Aires 1959.

Habitante de la nada por Susana Thénon. Ediciones Thiriél, Buenos Aires 1959.

Duro oficio el exilio por Nazim Hikmet. Editorial Lautaro, Buenos Aires 1959.

Los dueños del hambre por Nira Etchenique. Colección Ventana de Buenos Aires, Buenos Aires 1959.

Vacaciones por Bernardo Verbitsky. Cuadernos del Instituto Amigos del Libro Argentino, Buenos Aires 1959.

Las hermanas por Pedro G. Orgambide. Editorial Goyanarte, Buenos Aires 1959.

Romancero argentino por León Benarós. Editorial Troquel, Buenos Aires 1959.

Salmo bagual por Edgar Morisoli. Editorial Stilcograf, Buenos Aires 1959.

Teatro por Alberto Wainer. Ediciones Gleizer, Buenos Aires 1959.

Cinco cartas y una golondrina por Alfonsina Storni. Edición del Instituto Amigos del Libro Argentino. Buenos Aires 1959.

Africa Negra por Suret-Canale. Editorial Platina, Buenos Aires 1959.

Continuará en el No. 17/18

—¿No ves que pintamos tipouys?, respondieron los hombres enfadados por las continuas preguntas.

“Entonces Dohit los convirtió en monos aulladores (Myctes), sacó un arco y una flecha, mató uno de los monos comiéndoselo.

(...) Siguiendo la misma historia con algunas variaciones transformó los hombres en pavos y otros animales.



“Después de una larga caminata llegó Dohit a un pueblo. En la plaza estaba un brujo, sentado sobre una serpiente. Cuando se levantó el brujo, Dohit se sentó sobre esta serpiente, pero el brujo de improviso, simulando un juego, clavó a Dohit con una estaca en el suelo. Queriéndose levantar se sacudió y tembló la tierra hasta el punto que parecía que iba a volcarse. Entonces el brujo le clavó otra estaca más y no pudiendo moverse ya, cesaron los terremotos.

“Dohit le dió al brujo un canasto con agua, y este huyó a la cordillera, temiendo la cólera de Dohit, pero al correr el canasto aumentó de volumen y el brujo desparramó el agua que contenía, pues no podía resistir su peso. Desde entonces corren los ríos de la cordillera, cuyos cauces eran antes caminos.

“Ahora cuando truena, Dohit ordena al brujo que eche más agua en los ríos.”

- (1) “Kerí” es una palabra quechua con la cual llaman al espíritu del cóndor. Parece que los Lecos han adoptado esta palabra.

* Este mito corresponde al grupo de los Lecos “que habitan las orillas de los ríos La Paz, Mapiri y Tuicho” (...) “están al servicio de las barracas gomeras, y son balseros excelentes, que toda su vida la pasan navegando por los ríos”.

Capítulo VI, Etnografía, Los indios del río Beni (Bolivia), páginas 109, 110 y 111, en el Ensayo de Etnografía Americana. Viajes y exploraciones, por el ingeniero Antonio Pauly. Buenos Aires, Talleres de Jacobo Peuser, año 1928.

—¿No ves que pintamos tipouys?, respondieron los hombres enfadados por las continuas preguntas.

“Entonces Dohit los convirtió en monos aulladores (tipouys), sacó un arco y una flecha, mató uno de los monos comiéndoselo.

(...) Siguiendo la misma historia con algunas variaciones transformó los hombres en pavos y otros animales.



“Después de una larga caminata llegó Dohit a un pueblo. En la plaza estaba un brujo, sentado sobre una serpiente. Cuando se levantó el brujo, Dohit se sentó sobre esta serpiente, pero el brujo de improviso, simulando un juego, clavó a Dohit con una estaca en el suelo. Queriéndose levantar, se sacudió y tembló la tierra hasta el punto que parecía iba a volcarse. Entonces el brujo le clavó otra estaca en el pecho, no pudiendo moverse ya, cesaron los terremotos.

“Dohit le dio al brujo un canasto con agua, y este se llevó a la cordillera, temiendo la cólera de Dohit, pero al llegar al canasto aumentó de volumen y el brujo desparramó el agua que contenía, pues no podía resistir su peso. Desde entonces corren los ríos de la cordillera, cuyos cauces eran antes caídas de agua.

“Ahora cuando truena, Dohit ordena al brujo que traiga más agua en los ríos.”

(1) “Kerí” es una palabra quechua con la cual llaman al canto del cóndor. Parece que los Lecos han adoptado esta palabra.

* Este mito corresponde al grupo de los Lecos “que habitan en las orillas de los ríos La Paz, Mapiri y Tuicho” (...) “en el servicio de las barracas gomeras, y son balseros excepcionales que toda su vida la pasan navegando por los ríos”.

Capítulo VI, Etnografía, Los indios del río Beni (Bolivia) páginas 109, 110 y 111, en el Ensayo de Etnografía Americana. Datos y exploraciones, por el ingeniero Antonio Pauly. Buenos Aires: Publicaciones de Jacobo Peuser, año 1928.

Julio 1960

El ejemplar \$ 20

TARJA

Publicación de arte - registro de
la propiedad intelectual No. 548 -
643 - Ramírez de Velazco 212 -
Jujuy - Arg. - Impreso en Talle-
res Gráficos Gutenberg de José
Francisco Ortiz

Poemas Infantiles

Dibujo de

Mané Bernardo

Poemas Infantiles ⁽¹⁾

El jardín del barrio

El jardín del barrio es como la brisa/Verde como el campo, suave como la rosa/Lleno de flores perfumadas/Flores de varios colores/iQué fresquito andar por allí!/La flor más alta está como una estrella pegada en la brisa/. F. C.

El atardecer

Cuando el día atardece/junto a mi casa,/siento el cantar/de un zorzal/se entra el sol/y sale la luna/dentro del espacio/azul y brotan tantas estrellas/como el trigo en el/campo del hombre trabajador/. G. T.

La brisa

La brisa corre por el campo como una mosquita./Allí encuentra una casita y la envuelve como en la tela de la araña./Sigue corriendo ligera que nadie la pillará/Y cuando sale lentamente parece cantar./Cuando una niña corre por el jardín parece alegrarla./Se cansa de correr, descansa un momento en el rincón de una quebrada./.F. C.

La noche

En el silencio/de la noche/se siente el rugir/de las piedras/ el croar de las/ranas y el roncar/de las aguas./. G. T.

La estrella

Luminosas estrellas cantan y bailan/con su alegre farol./Cuando duerme tu madre luna/en una gran cuna de jazmines/Titila y canta alto en el cielo como/las grandes flores./. F. C.

Gral. Don José de San Martín

San Martín general tan virtuoso como el azahar./Te guardamos tus restos como a un padre./Era de regular estatura./Había muerto en Francia a orillas del mar/viejecito como la margarita./Alejado de su patria como una gran mariposa que se va del jardín./. F. C.

(1) En el año 1953, Felisa Cabana y Gabriel Torrejón tenían 8 y 11 años, respectivamente. Entonces escribieron estos poemas en el 3er. grado "B" de la escuela Domingo F. Sarmiento de Tilcara - Jujuy.-





Tarja 16 - Jujuy - 1960.